

El canje

Rubén Mesías Cornejo



Image not found.

Capítulo 1

El canje

Rubén Mesías Cornejo

Morgana despertó de repente, y la mitad de su cuerpo se asomó sobre las sábanas como una montaña recién nacida, en su cara se podía leer el sobresalto, el miedo de alguien que ha podido salvarse a última hora de un peligro inminente. Al otro lado de la cama, Tigrán permaneció dormido, completamente ajeno a la agitación que asaltaba a su compañera, sin duda alguna la reciente sesión sexual lo había cansado bastante.

Tigrán era un buen amante, tenía resistencia y se esforzaba por complacerla cuando le entraban ganas de follar, pero había demostrado ser una persona poco receptiva cuando ella precisaba de una oreja comprensiva. Le daba pena despertarlo, pero no quedaba más remedio, era el único ser humano disponible, y aunque no le dijera nada útil, al menos se sentiría menos loca contándole a alguien lo que acababa de soñar.

A duras penas, Morgana consiguió que su amante le prestase su atención, pero cuando lo tuvo despierto decidió que Tigrán sería incapaz de entender la dimensión de miedo que había percibido cuando tenía los ojos cerrados, ella se jactaba de no temerle a nada y su propio subconsciente le había jugado una mala pasada diseñando un pavor concreto encarnado en la persona de Diego, su antiguo amante; le costaba reconocer que lo seguía queriendo a pesar de todo lo que había sufrido a su lado, y no por culpa del muchacho sino de la bruja que tenía por madre; aquella vieja y su ex amante parecían formar una unión indivisible que ella había intentado quebrar en vano con la sola fuerza de su amor, pero cuando Diego las puso en la balanza, el plato que sostenía a su madre pesó más y prefirió seguir viviendo con ella, sin embargo no podía negar que le hubiera gustado que fuese Diego y no Tigrán quien estuviese a su lado.

Pero ahora que tenía la atención de Tigrán, cambió de idea y temió que si mencionaba a Diego, despertaría los instintos más básicos y primitivos de aquel hombre que dormía a su lado, y no quería ser la causante de ninguna desgracia que lamentar, afortunadamente era una chica muy ágil de mente, y súbitamente recordó que la televisión había propalado una noticia sobre el arribo de unas esferas oscuras que habían caído del espacio. Quizá si le contaba eso a Diego conseguiría entretenerlo y justificar el hecho de haberle quitado el sueño tan de repente.

Por fortuna, Tigrán la escucho sin reclamarle nada, en realidad tenía muchas ganas de hacer algo, y cuando Morgana le dijo que una esfera había caído muy cerca de donde estaban viviendo, le propuso ir a verla. Total, ya eran las siete de la mañana, y mucha gente estaría levantándose para ir a trabajar.

Se levantaron de la cama, se bañaron y tomaron el desayuno juntos antes de enrumbar hacia la calle. No tuvieron que caminar mucho, y pronto divisaron la esfera oscura venida del espacio exterior. Vista a la distancia parecía uno de esos domos que suelen verse en las películas de ciencia ficción, solo que esto no era transparente, sino oscuro lo cual impedía ver lo que estaba en su interior.

Se acercaron lentamente; a Tigrán, aficionado a las armas de diversas épocas la esfera le pareció uno de esos proyectiles redondos que se usaba la artillería en las guerras del siglo dieciséis o diecisiete, en cambio a ella, más dada a las cosas científicas, el objeto le pareció más afín a una de esas bolas de plasma, en cuyo interior se producen una serie de relámpagos luminosos a partir de un electrodo central, y aunque la esfera no fuera transparente, a ella le parecía que seguramente algo similar estaba sucediendo en su interior, casi podía aseverarlo pues sentía que una extraña conexión estaba surgiendo entre ella y la esfera oscura, algo que se estaba traduciendo en palabras que solo ella podía escuchar.

—Notamos tu tribulación, y nos gustaría aliviarla—dijo la voz exótica.

—No amo al hombre que viene conmigo, me gustaría separarme de él, pero lo aprecio un poco por la compañía que me da y no quiero herir sus sentimientos—replicó Morgana telepáticamente.

—Quizá podamos ayudarte, necesitamos un carácter rudo a bordo, justo como del hombre que te acompaña.

—¿Qué quieren decir exactamente?—inquirió Morgana con curiosidad.

—Ten paciencia, y verás. Nosotros tendremos lo que necesitamos, y tú te quedarás con lo que quieres—contestó la voz exótica dándole a sus palabras una entonación misteriosa.

Todavía era temprano, y no había mucha gente en la calle, la esfera se encontraba soterrada en medio de la pista rota por aquel poderoso impacto cósmico, erigiéndose como un tremendo obstáculo para el tráfico de aquella vía. Los vecinos reclamaban que alguna institución, ya fuese castrense u gubernamental, se hiciese cargo del objeto, pero hasta el momento nadie había hecho nada al respecto.

Apenas vio la esfera de cerca, Tigrán se sintió poseído por un súbito deseo de acercarse, y en efecto, empezó a correr hacia ella, con los brazos

abiertos como si tuviese unas ganas enormes de abrazar a alguien muy querido para él, algo que causo la extrañeza de Morgana, pues su amante no era precisamente una persona muy expansiva con los demás, es más Tigrán continuó corriendo hacia la esfera hasta que su cuerpo desapareció como tragado por un campo de fuerza que bordeaba el cráter que la esfera había formado al caer.

—¿Qué le ha pasado a Tigrán?—vociferó Morgana mientras empezaba a correr hacia la esfera.

—Detente, mujer, no avances más, si lo haces podrías hacerte daño. Tu amigo está bien, simplemente le hemos extraído su condición violenta y primitiva, el proceso tardará un poco, pero te devolveremos pronto—dijo la voz exótica en tono de advertencia.

Morgana se detuvo, muy cerca de la esfera y se sintió realmente muy tonta por haber reaccionado de manera tan instintiva, aquellos seres poderosos podían obrar maravillas, y ella tenía la suerte de haberles caído en gracia, simplemente tenía que hacerles caso y esperar un poco.

Tigrán reapareció al rato, tenía el mismo aspecto, la misma ropa que tenía antes de desaparecer, pero conforme se fue aproximando a ella se dio cuenta que su mirada era distinta, más tierna y franca, como las miradas de un hombre enamorado e ingenuo. Entonces Morgana comprendió el poder del milagro que la esfera había obrado para ella, y fue feliz de volver a casa con una réplica de Diego, el único hombre que había podido traspasar todas sus defensas, y por el cual hubiera sido capaz de matar.